

Joaquín que ya tenía el puño levantado para castigar su torpeza dándose un sopapo, sorprendido a su vez y más muerto que vivo, contestó con toda la melosa dulzura posible:

—Soy yo, Joaquín.

—¿Usted a estas horas?

—Sí.

—¿Está usted enfermo?...

—¡Silencio, por amor de Dios, que nos pueden oír!

—¿Pero qué busca usted aquí, hombre del diablo?

—Decirle que la adoro, que la quiero más que a mí mismo, — repuso el estudiante con tono apasionado, buscando con sus manos las de su interlocutora.

—¡Vaya, vaya, — dijo ésta, — no sea usted niño; mañana, o el año



que viene, hablaremos de eso; ahora, déjeme tranquila y no me irrite con sus majaderías.

—¡Dejarla, dejarla así, cuando su presencia me atrae como al insecto la luz, o al acero el imán!... — repuso el arriesgado galán abusando neciamente de una frase hecha que recordaba haber leído en alguna parte.

—¡Qué romántico!...

—¡Ah! no, Lolita; esto no es romanticismo, esto es amor.

—¡Y me llama Lola!... Decididamente usted está loco!

—Sí, de pasión.

—¡Qué casualidad!

Joaquín con esa vehemencia que dan los veinte años, se sentó en el lecho, y acercando la boca al oído de la joven: